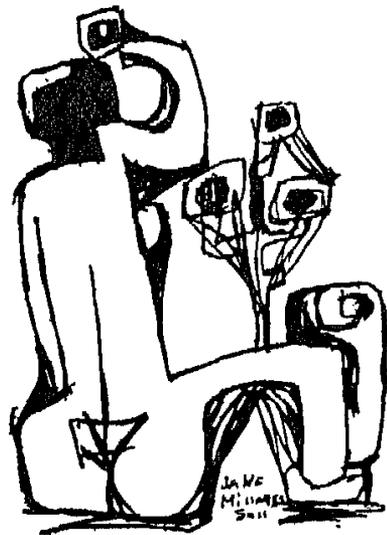


NARRACIONES Y CUENTOS



.....
*Se ha abierto un abanico de milagros
en la mano creadora del olvido.*

ANTONIO MACHADO

LA MUERTE DE BARBA AZUL

¿Quién no ha oído hablar de este famoso personaje, de su extraño adorno capilar y de su trágica y macabra leyenda? Muchos creerán que se trata de un ser fantástico, pero yo que tuve no sé si el gusto o la desgracia de conocerle, aseguro a ustedes que existió, que fue un personaje real y tangible.

Nos hablamos en pleno verano del año 1920. Finalizada la primera Gran Guerra, aflúan a nuestro puerto numerosos turistas ganosos de respirar a pleno pulmón las brisas del océano y saturarse del oro solar de que tan pródigo se muestra nuestro cielo.

Y fue en la playa de las Canteras donde tuvo lugar nuestro primer encuentro. Paseaba yo una tarde, según costumbre, por la orilla del mar. Poníase lentamente el sol, desapareciendo tras la ingente mole del Teide, cuyo nevado picacho se recortaba claramente sobre el cielo que, por aquella parte, semejaba un gran ventanal abierto sobre una irreal llanura iluminada por resplandores de incendio, y en la que monstruos tan extraños y diformes como sólo podría crearlos una imaginación calenturienta, flotaban errantes en el vacío. A mis pies, las olas se deshacían blandamente en espumas que reflejaban todos los colores del iris.

Mientras paseaba, leía. De improviso, tuve la sensación de que alguien, a mis espaldas, me miraba fijamente. Con cautela, por no llamar la atención, me volví hacia atrás y me encaré con él. Era él indudablemente. Recordaba con exactitud los rasgos característicos de un rostro y el color de una barba. Era tal como la representaban los grabados de los libros de cuentos de la *Casa Calleja* que hicieron las delicias de nuestra infancia.

Al ver que le miraba, se sonrió y aproximándose a mí, me dijo con marcado acento extranjero:

—Usted ser alemán, ¿verdad, señor?

—Español—le contesté.

Al oír mi respuesta me contempló con curiosidad, cosa que no me sorprendió por no ser aquella la primera vez que me han atribuido procedencia teutónica. Entablamos luego conversación sobre temas triviales. Aquella tarde no pude ni tan sólo entrever algo del alma complicada —así se me antojaba a mí— de aquel famoso personaje.

La confesión tuvo lugar mucho más tarde, transcurridos dos meses poco más o menos de nuestro primer encuentro. Una tarde, sentados en la terraza del hotel Miramar en el que se alojaba, se franqueó conmigo. Supe entonces toda la horrible tragedia de su vida, dedicada por entero a la persecución de un ideal tan intangible como la inmortalidad; encontrar una mujer que careciera de ese sexto sentido que todas, absolutamente todas —¡y él lo sabía por dolorosa experiencial—, están dotadas. Siete veces intentó la experiencia y otros tantos fracasos se siguieron. ¡Con sádico placer y al mismo tiempo desoladora amargura, detallaba la muerte de las siete infelices mujeres!

—De lo que sí estoy seguro —me dijo, mientras brillaban extrañamente sus ojos—, de lo que sí estoy seguro, ¡ójigalo usted bien!, es de que ninguna de ellas, ¡ninguna!, hubiera sido capaz de sentir la malsana curiosidad de conocer sexualmente a otro hombre.

Y por fin, me contó su última aventura, la que nadie sabe aún, porque no se relata en los cuentos infantiles. A la octava experiencia Barba Azul claudicó y tuvo la debilidad de perdonar. Hoy, enamorado de su octava esposa, ha venido a ocultar su definitiva derrota en estas peñas aisladas en medio del Mar Tenebroso. Además, Barba Azul está herido de muerte. Los gases asfixiantes, penetrando traidoramente en su pecho, han destrozado sus pulmones, y hoy busca no sólo su retiro apacible sino un alivio a su mal, aunque sólo sea momentáneo.

Después de sus revelaciones estuve varios días sin ver a Barba Azul. Supe luego que estaba enfermo, y una mañana fui al hotel con objeto de preguntar por su salud. Inútil visita. La noche anterior Barba Azul había muerto. Pregunté por su viuda y supe, con la natural sorpresa e

indignación, que aquella misma noche había huído con un marino que se alojaba en el mismo hotel. ¡Pobre Barba Azul! ¡La curiosidad femenina te persiguió hasta el último y supremo instante de tu vida!

Y mientras la ira hacía asomar lágrimas a mis ojos, no pude menos de gritar, con gran asombro de los correctos camareros del hotel:

—¡Idiota! ¿Por qué la perdonaste?

...Mas, luego comprendí el porqué: Barba Azul, iba para viejo y estaba herido de muerte.

1948

JUAN MILLARES CARLO